



Editorial
PÁRAMO

Primera edición, octubre de 2021
© Rut Sanz Montaña
© del prólogo, Jacob Iglesias
© de esta edición Editorial Páramo, 2021
Ilustración de portada y colofón, María Santos Solé

Editorial Páramo - www.editorialparamo.com
comunicacion@editorialparamo.com
Valladolid, España
Edición y diseño: Javier Campelo Bermejo

ISBN: 978-84-122927-7-0
Depósito Legal: DL VA 718-2021
Impreso en España – Printed in Spain

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

EN EL FONDO DE
MIS MANOS

Rut Sanz Montaña

LA CHICA QUE ESCRIBÍA CON LA MANO DE PUNTILLAS

Los anaqueles de las librerías están repletos de libros primezizos. Pero ante ti, estimado lector, tienes esa rareza que es un libro primero, a secas. Habrás tenido ocasión de comprobarlo si lees estas líneas prologales en el orden usual, es decir, tras haber leído los versos a los que sirve de pórtico.

La autora ha vencido la tentación de publicar prematuramente que a tantos nos ha cegado. No sin dificultades, ha sabido esperar, hacer de la duda su consejera, dejar que los años pasen y que los versos reposen, hasta hoy, cuando al fin nos ofrece este libro, maduro y joven a la vez.

Una de las precauciones más consolidadas a la hora de analizar una obra es la que avisa de separar biografía y literatura. Pero, para quien conoce a la persona que escribe, resulta difícil hacerlo. Al leer estos versos no he podido evitar acordarme de Ávila, el camarada J., del Norte, las itinerancias, las interinidades, la compañía grata de Teresa y Juan. Puede incluso que yo salga haciendo algún cameo por ahí.

Pero esto es solo la biografía de afuera, la Rut Sanz que se muestra a diario en el mercadillo virtual de las redes sociales. Lo que nos importa es la biografía de sus adentros, esa que le impulsa a escribir con la mano de puntillas. Quizá también podría hablar algo de esos interiores suyos, pero será mejor dejar que lo que haya que decir, lo digan a su manera los versos.

Con las palabras de San Pablo, ya nos avisa inicialmente: si no tengo amor, no soy nada. Toda la primera parte del libro no es que trate del amor, es que está enamorada. No es fácil escribir de un amor de diario, lo digo por experiencia. Las caricias domésticas, el cariño sin aspavientos, son reacios a dejarse plasmar convincentemente en un poema. Y del otro lado, del lado del lector, parece que siempre se buscan amores difíciles, desgarró si es posible. Son malos tiempos para el amor

en zapatillas. Pero donde hay asombro y gratitud “a manos llenas”, como en estos versos, hay siempre amor.

Le sigue un segundo bloque de poemas, “Viento Sur”, que es una especie de diario del desarraigo. Aquí predomina la sensación de extrañeza, de desubicación. Hay encuentros silenciosos que no se sabe si concluyen en amistad o en un arriarse las soledades para pasar menos frío (quizá eso sea precisamente la amistad). Hay reencuentros que saben a poco. Al final, queda la impresión de encontrarse en un lugar inhóspito, con un faro que no guía y donde la gente nunca usa las manos.

La tercera parte, “Silencios ordenados”, es coral. Como esas personas que antaño les escribían las cartas a los vecinos que no habían podido ir a la escuela, aquí la autora hace de intermediaria entre lo que quieren contarnos esas vidas ajenas y nosotros. Nos habla alguien que vino de lejos sin más equipaje que sus sueños. Leemos la correspondencia entre Juan de la Cruz y Teresa de Ávila, en un diálogo siempre de vuelo. Y a una niña que agradece a sus padres estas vacaciones que duran toda la vida, que son la vida. Esta niña firma como Clara, pero podría haberlo hecho como Rut.

Si la autora, entre otras cosas, ha querido jugar al escondite a lo largo de estas páginas, sospecho que es ahí, tras esa niña, donde ha decidido esconderse. Y quizá no sea del todo descabellado pensar que el libro sea un juego del escondite.

Así es, en cierto modo, la Rut Sanz poeta. Una mujer de inocencia desgastada, a veces ilusionada, a veces triste. Alguien a quien le gusta mostrarse y ocultarse, como una niña entre cortinas. A quien le entusiasma jugar con las palabras, y hacer que las campanas repiquen y también repliquen, y poner la página perdida de paréntesis, y hacer y deshacer los sentidos.

Alguien que sabe que nada se cierra del todo. Ni un libro, ni mucho menos la vida, ese invento que nunca ha terminado.

Jacob Iglesias

I. A MANOS LLENAS

TE ENCUENTRO

Ya podría tener el don de predicción y conocer todos los secretos y todo el saber; podría tener una fe como para mover montañas; si no tengo amor, no soy nada.

Primera carta del Apóstol San Pablo a los Corintios

Como un tesoro atesorado en las arenas movedizas de una playa virgen y prohibida para otros donde llegas dispuesto a cambiar mi juventud volviéndonos niños que miran todo por primera vez. Apretando entre las manos un vino dulce, bálsamo de historias que jamás contaremos a nuestros nietos, entra la luz definiendo las arrugas de unas pieles vivas, de unas almas que palpitan sabiéndose acompañadas en un presente limpio de reproches, libre de mentiras. Un camino de no retorno en el que los códigos se vuelven secretos gritados, donde el amor es un lenguaje que se reza, donde la provocación se eleva a misticismo, donde lo profano se sacraliza solemnemente, donde la emoción se cambia en arte, donde la belleza es tu belleza, donde las caricias se hacen palomas que vuelan.

Vuelan.

AQUÍ ES DONDE VIVO O DONDE LA PAZ ESTÁ MÁS ALTA

Los tres veranos siguientes Javier y Alicia no coincidieron en la pequeña ciudad. El tiempo fue desgastando la amistad de los dos niños hasta que el nombre de uno se convirtió en un grato recuerdo del corazón del otro.

Antonio Pascual Pareja

Cuando me despierto, tú. Luego, esto cada mañana. Aire y frío distintos. Luz. Piedras que encontrar. Hielo en la hierba. Vaho en la subida. Orden natural perfecto. Composiciones simétricas no planeadas. Y Teresa, en cuyos pies leo todos los días. La puerta, la ciudad, las personas que la habitan. Las campanas de la catedral repican y replican el canto de los pocos pájaros que no se resguardan, aún, del invierno. Pan recién hecho en el obrador de nuestra calle. Después, el día. Después, tres vidas. Cuando me ahogo, saco los pies de debajo de las sábanas y escribo con la mano de puntillas para no correr la tinta.

SOMOS PALIMPSESTO

*Que el mundo es esa fábula siniestra
que cantaba entre dientes un idiota.*

Enrique Gracia Trinidad

Somos palimpsesto. Quedan las marcas, las arrugas, las cicatrices de las llagas. Borrón y cuenta nueva en una lista interminable donde qué oscuras son las rosas amarillas. Mordiendo sueño y suelo y sol y selva y Silvio luego, haciendo del papiro fuente que regresa en milagro la ceniza. No me enseñó la vida que todo lo podre se encarna. No me enseñó el amor que todo el amor se hace lugar común en el que velar la vela de tu barco, en el que arder hogar donde vivir en plural y gerundio la anagnórisis sin tener que preguntar ni a Catulo ni a Parménides por qué el mundo es esa fábula siniestra que cantaba entre dientes un idiota.

CÓMO LLEGAR

Moverse es encontrarte a cada paso, compañero caminante; es cantar al compás de tus pies

Rabindranath Tagore

(Ruta más corta o resultados alternativos).

Con lo mal que bailas.

Y qué.

Si puedes recitar versos de memoria,
compartir té con humo en la mañana,

colgar toallas mojadas,

cerrar la puerta,

comprar pan los días de frío,

traer el chocolate algunas veces,

temblar conmigo en un nosotros,

bailar en el salón,

quitar las migas,

comprender cuál es el sitio de las cosas

(porque lo cierto es que las cosas tienen sitio).

Reírnos en el mismo punto del camino

sea con ida, vuelta o entretanto

cantar por bulerías, Ibáñez o Marea,

sentir, en esencia, parecido.

Rituales a diario que construyen

un viajar que conduce a no sé dónde

donde el cielo también se ponga rojo

mutando en hielo dulce las historias

y así, que quepa siempre otra palabra

donde sea mejor y donde sea

mejor

contigo.

ESTACIONES

*Quiero hacer contigo
lo que la primavera hace con los cerezos.*
Pablo Neruda

Vi tu rostro en la voz de lo que rezo y la historia de tu cuerpo, desde entonces. Son mis cimientos el lenguaje de la infancia: los niños nunca saben de elocuencia. Lo diario es el accidente de lo eterno, son las estaciones plenas de oscuro silencio. Ven-go de un país que ya no puedo tocar, donde algo, dentro de mí, se vuelve albero fértil más allá de la piel de las palabras. Este amor no es más que una golondrina que se posa en una isla imaginaria rodeando el centro sin tocarlo. Somos dos siluetas ardiéndose imantadas que sólo han venido a march(it)arse. Bésame si sabes quién soy. Y si te vas —que yo no quiero—, cierra despacio la puerta y alza, con cuidado, el vuelo.

CRECER ES APRENDER A DESPEDIRSE

Crece es aprender a despedirse,
cambiarse de zapatos tras la lluvia,
trazar mapas ardientes de esperanza,
temer la enfermedad de los cercanos.
Crece es inventar nuevas historias,
mejorar las palabras de otras veces,
perdonarse soberbia y desencanto,
limpiar las impurezas de mentiras.
Crece es contemplar en el silencio,
sumar amigos pocos y mejores,
restar desasosiegos tras el llanto,
quedarse en paz con uno, uno mismo,
pensar cómo es posible la tristeza,
pensar por qué es efímero lo alegre.